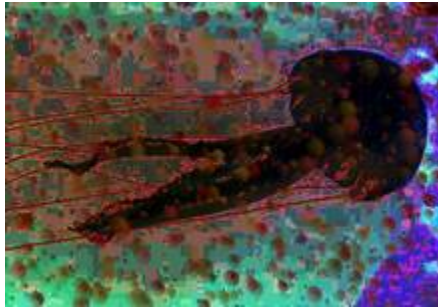


FANTASÍAS

ALBERTO KIJERA SAENZ



© Marjinalia Bilduma
Lege-Gordailua: SS-425/02

FANTASÍA N° 1

Me he muerto, hermanos.
Quería deciros tantas cosas,
pero ya estaba muerto.
Yo y mi perro faldero
de presa,
hacía un par de lustros
que habíamos entregado
al barrendero
todos nuestros poemas.
Era más complicado
de lo que parecía.
Por un lado,
queríamos decir tantas cosas;
y por el otro,
estábamos tan vacíos
que mirábamos atónitos
el montón de hojas inmaculadas,
vírgenes, agazapadas en el escritorio.
Alguna vez,
nuestras cabezas habían bullido
de ideas lacradas en nuestros corazones-baúl,
y luego
las habíamos visto crecer
con una tal parsimonia...

Estaba, digamos, tranquilo.

¹ Todos los textos han sido escritos bajo la influencia de los grupos y artistas musicales reseñados.

Lo más importante que podía acaecer,
me dejaba distante.
Había comprendido lo principal:
me hallaba justo al principio.
Sólo que mi odio
se había desinflado;
la Tierra rugía, dolorida,
humillada y siempre tierna.

Sí, no fue fácil sentir;
y aún menos, sentirse.
A lo lejos, el horizonte se movió
y de allí a poco incluso lo
veíamos cercano,
como un barreño gigante
de sangre bien repleto.
Era la sangre de todos los inocentes
—parece mentira que aún quedaran tantos—.

El guardia municipal
bifurcó su sonrisa hacia un lado,
muy cerca de la escalera,
y yo, el pueblo, todos
le dimos nuestra opinión
acerca del fiasco.
Eso al hombre le gustó
y nos dejó ir,
volando de un árbol petrificado

[a otro],
de un balcón al siguiente,
atravesando la ciudad.

Estaba demasiado cansado.
Había calculado mal mi momento.
Y ahora no restaba
sino humedecerse los labios
y escupir a la hoguera
en la que perecíamos sin prisa,
sin alma, sin calor
y sin brío.

El cielo atormentado
brillaba caído en el momento
del cieno,
y la charca
—iluminada desde dentro—
era una premonición absurda y vacía.
El asunto había llegado a su final.
Al menos, lo habíamos intentado.

La bola de fuego
nos había pasado rozando
y olíamos a carne chamuscada.
Son cosas que suceden.

Una rueda gira en tanto se la observe;
si no, se detiene
con tal ímpetu de inamovilidad
que en verdad es como
si jamás se hubiera desplazado.
Y en realidad,
eso es lo que había sucedido.

El vigía, con la mirada eclipsada
en el reverbero de la planicie, su mirada
oblicua atravesada en esa misma soledad
que todo lo invadía, ebrio de inmensidad,
de tanto contemplar atónito la nada
que algún día seguro habría de llegar, levantando
nubes
de polvo, en una acometida feroz
e imparable, porque en el fondo
él sólo estaba allí para avisar de la tragedia,
del infortunio que nada ni nadie sería
capaz de detener.
Y cuando el día eclosionó,
los rayos fulminaron la noche
y azotaron el rostro del vigía,
enamorado no ya de lo que sus
ojos le mostraban,
sino de todo cuanto no era capaz
de visionar; tal vez,
era un sentimiento lo que se había apoderado
de su escudo, de su lanza irrisoria,
de su espada doblada... Pasó una nube

barriendo el cielo y luego el viento
partió hacia un destino ignoto,
tal vez grosero. El vigía cerró
los ojos y el día entero desapareció.
Sólo quedaron su propia sensación
y la del día.....
Y cuando abrió los ojos,
estaba en otro sitio. Ni siquiera era
él mismo. Y su sombra también
había cambiado.
El otro estaba liquidado.
Así que, accionó el botón
del limpiaparabrisas.

Un lingote de oro brillaba con rabia
en el interior de una tierra horadada con los dientes.
Su brillo era una calamidad,
una auténtica desgracia,
para la humanidad.

La rastrojera elevaba su humo al vacío
inmenso del universo; era una suerte de señal
que inventaron hace miles de años
los que una vez habían pasado vertiginosamente
por allí. Pero el universo, tan infinito,
no daba lugar a las casualidades.
Así que nunca más acertaron a recorrer
dos veces el mismo paralelo.

Y la rastrojera quedó allá,
con su humo fluyendo a borbotones,
como un sueño también infinito,
también dado a las casualidades.
A una distancia imposible de calcular,
alguien observaba, maravillado,
el rastro del humo.
Y se preguntaba, de quién sería
aquella extraordinaria rastrojera.

Los relojes se habían detenido,
a pesar de que el tiempo seguía reptando,
resbalando como una gota de semen,
corrupto. El tiempo, ya, era
de mantequilla. Las agujas de todos
los relojes del mundo silbaban en el aire
y atrapaban al vuelo cientos de miles
de pájaros, que caían al suelo
con las alas cortadas.

La Esfera del Estado estaba allí,
como un beso de mármol
petrificado, desplomado de los labios
de la Gran Prostituta. Incólume,
en su viaje, había dejado un reguero
de infamia, de sufrimiento inocuo...
Sólo quedaba su estatura,
su réprobo recuerdo

y el requiebro de los más idiotas
de la Época Dorada,
bien titulados todos,
humillados en su inteligencia de tecnócratas.
Un día, un niño quiso con un clavo pinchar
su globo rosáceo; y la inmensa Esfera
del Estado estalló. Y por un momento,
la resaca venenosa de las injusticias
pareció que todo iba a llevarse por delante.

Hubo una ventana con recuerdos
transparentes. Más que una ventana
era una boca sin dientes. Más allá
del cristal, los paisajes desfilaban
a la velocidad del sonido. Con unas gafas
especiales podías verlos uno a uno:
estaban las vides, los observatorios,
el Occidente todo, Octavio y Marco Aurelio,
Yolanda, el cielo encapotado y un toro
enamorado —cómo no— de la luna.

El parque desierto, con los gritos
de los niños de una generación ya desaparecida
retumbando aún en las copas de los árboles,
en el gorjeo cansado de la fuente...
La parroquia pintada de azul a lo lejos,
vacía, semi derruida. Y un muro
saturado de mensajes pueriles (en donde

corazones atravesados
con flechas constituían la mayoría).

Los rincones helados del Ártico.
Y perdido en las montañas blancas,
un ser universal, que se ríe del frío
mortal y que pone en fuga al viento,
avergonzado. Un ser carente de significado
pero no insignificante; un ser que atraviesa
el ártico todos los años, con los pies
envueltos en extrañas pieles de animales
no del todo muertos. Su rostro,
inextricable, es como un túnel donde
brillan dos pupilas inexpugnables.
¡Mira, la infamia de la humanidad
le persigue pero no logra alcanzarlo
ni lo alcanzará nunca! Corre como un
felino; y porta una corona de hielo ladeada
—como una gorra— hacia un lado de la cara.
¡Como se mofa
de los reyes! ¡qué indecente es su pureza!
Sus pisadas deja en el hielo
convertidas en fuego.

La estatua, paralela al todo y a la nada,
tan bella en su marfil brillante y sensual,
paralizada en el tiempo y en la historia,
con un poco del corazón y la ternura

del artista que dio una parte de la vida
recibida en préstamo a su talla,
a su esculpir con los ojos cerrados.
¡Tanta generosidad!

El esclavo mira indiferente las cadenas.
Y el amanuense hace una pausa, atónito.
Hay un mensaje escrito en los cerrojos,
en los eslabones. Y el esclavo los lee
sin esfuerzo; y de la indiferencia pasa
al gozo. Su ser-mercancía le hace gracia.
Menosprecia al amanuense y al amo,
más atados que él a otras cadenas
en las que nada se puede leer
porque nadie ha dejado mensajes
en ellas. Es jueves, día de mercado,
y las mentiras rebosan en los puestos
de los mercachifles.

¡Ei, Palestina! ¡Cómo te amamos!
Mira ese tanque, qué risa nos da.
¡Pero si es de papel de fumar!
¡Y los verdugos, qué seguros se sienten
en su delirium tremens!

Un poema sin propósito,

entregado al prostíbulo de la palabra,
sin imágenes, prorrogable tantas
veces como el cliente quiera.
Es como un parto fácil...
o complicado. Según como se mire.
El raptor del verbo tiene la palabra.
Ahora, sólo hay que quitar el embalaje
y dejaros —como siempre— el resto,
inmaculado, con su rastro de espuma
y devenir automático.
Tal vez sea esa la clave:
poner el automático
y dejarse llevar;
las ventanillas se han hecho
para admirar el paisaje.
Eso hasta yo lo sé.

FANTASÍA N° 2

Esparadrapo en los ojos,
y el espacio entero dando vueltas
absurdamente,
como si la muerte hubiera perdido su espadaña ahí
fuera,
y ahora la anduviera buscando
inútilmente,
y nosotros espectadores
de todo ese transcurrir,
borrachos —por primera vez acaso—
de palabras,
sin vino,
sin alcoholes,
sin gastritis.
Las palabras habían vuelto a pincharme,
a provocarme,
y me bastaba un vistazo
a una página arbitraria
del tan temido diccionario
para sacarme de la manga
no un paisaje
sino una eternidad retratada
con la espátula de mi alma
—y digo yo,
¿qué diablos será un alma?—.

Tenía un problema
pero no tenía un propósito;
así que decidí

hacer la vista gorda
a tanto despropósito;
era feliz,
con mi teclado
palpitando bajo mis dedos,
y me sentía como la prórroga
que algún dios pagano
hubiese tenido a bien concederme,
sólo para que yo tañese mi teclado
para él, para él,
en medio de la desnudez
del universo, del espacio,
del todo y de la nada.
Era como siempre había querido ser,
músico,
músico de infinitas palabras.

Era ocasional
—así en la vida lo es todo—;
tal cual eran mis poemas.
Y desde mi observatorio
—claro está—
observaba,
semejante a una gamba recién dispuesta
a la mesa,
a las delicias ajenas.
Tenía noticia de,
me sentía observado por,
y luego,
cuando conseguí arrancar el velo

de los ojos,
lo vi todo más oscuro que antes.
No había vuelta atrás;
eso era lo mejor de estar vivo.
El tubo no estaba obstruido;
una vez más,
había conseguido que
volviese a funcionar.
Y ahora, obrero de mí mismo,
observaba orgulloso la faena,
la obra de la que yo apenas gozaría,
porque mi gozo no era pasivo:
sólo podía gozar de ello en su construcción,
pero no en su contemplación,
ni a través del razonamiento verbal.
De hecho,
observaba en, durante el proceso,
pero nunca la obra en sí ya acabada, dispuesta,
entera, inútil.

Clavaba atónito la mirada,
y luego,
trasnochado,
cerraba los ojos.
Pero continuaba viendo caer
tal número de estrellas,
todas con un mensaje distinto,
con un viaje distinto a sus espaldas...
El espacio era como un vicio
echado hacia adelante,

y ella sólo quería besar los labios
del creador,
pero era imposible hallar sus labios
porque estaban desparramados
a través de cientos de miles de kilómetros luz,
a través de la selva tupida y del mórbido desierto,
de la nada y el todo,
de lo eterno y de la insignificancia de existir
durante un segundo.
Y mientras vivía su viaje,
dejaba un suave rastro,
y un perfume que los otros viajeros
no olvidarían nunca.

Había degenerado lo suficiente
para que todos lo proclamaran
su ídolo;
era preciso ahora
arrancarse el alma,
el bolígrafo de la entepierna,
y dar al destino una nueva oportunidad
—tal vez la última—.
Mi deformidad había alcanzado
su punto álgido
y mi cuerpo era capaz
de mantenerse en pie
sobre un acantilado,
suspendido,
ignorante del peligro,
de la caída,

del descenso,
del Infierno que habría de aguardarme,
y gozaba así
de la soledad del instante,
y del aplauso de un público invisible.

Definitivamente,
me había vuelto cuerdo.
Era horrible,
pero qué podía hacer ya...
Estaban los hijos, las obligaciones.
Ser cuerdo,
se había convertido en una odiosa obligación.
No era perder la juventud,
sino la entrañable posibilidad
de ser tú todos los días,
a cada minuto,
a cada segundo,
a cada toque de gong.

Claro,
que siempre fui defectuoso,
como los viejos cacharros.
Y ahí fue donde encontré
mi humilde tabla de salvación,
mi flotador,
mi barco hundido
y mi cuerpo recién a la deriva.

¡Sí! La vida florecía incluso
tras la tumba;
las flores encuentran su camino
incluso en el cáncer diario
de las despedidas.
¡Sí! Era degradante y espontáneo,
y tan espiritual... que daba asco.
Pero el espíritu me tenía entrompado.
¡Ya lo creo!

Estas malditas mandíbulas...
Nunca están en su sitio.
Son difíciles de manejar,
de maniatar.
Sí, soy un poco maníaco.
Me afeito a las noches,
desayuno a las tardes
y me manifiesto los domingos,
cuando todos están en la homilía.
Es como si tuviera la vil necesidad
de mangonearme la existencia.
Había encontrado otro camino,
más allá del odio,
más allá del alcohol,
más allá del sexismo
y la homofobia.
Había encontrado una forma de ser yo,
y no habría de volver a abandonarla...
hasta las próximas Navidades —¡por lo menos!—.
Era una buena sensación,

la de estar limpio por dentro,
limpio por fuera,
limpio por los bordes,
limpio por la escalera...

El roedor me observaba con su ojo lunático
y sus bigotes risueños.
Encontrar la poesía era
como toparse en la basura
un billete de lotería premiado.
Era hallar la riqueza total y absoluta.
Por eso, el roedor me observaba con su ojo lunático
y sus bigotes risueños,
un poco rococó,
roído,
encantado de poder participar en mi canto,
en mi funeral,
en mi rocódromo labial.
Le hice una promesa:
nunca te devoraré.
Y él, confiado,
se acercó a mi mesa.
Instante en que yo aproveché
para atravesarlo con mi utensilio
(un tenedor de plata).
Y quedó allá,
clavado,
ensangrentado,
observándome con su ojo lunático
y sus bigotes... una vez risueños,

ahora ya lacios, ensangrentados
pero al fin y al cabo felices
de haberme dado una oportunidad.

La cadencia. Era preciso que la encontrara.
No podía conformarme a no volver a poseerla.
La cadencia era el único medio que tenía
para confundir a mi confusión eterna.
La cadencia era cónicamente graciosa
y la poseía, podía tocarla con mis manos,
e incluso colocarla a escondidas en el mostrador
de la confitería
—nadie se daría cuenta jamás del engaño—.
La cadencia era todo cuanto me hacía falta
para seguir rasgando el entrepaño,
la gota que obvia la plenitud del vaso.
La cadencia era la conjunción de todas
las palabras que todos los hombres del mundo
hubieron pronunciado antes del año 2071.
Y yo las tenía todas, en la boca,
en los labios, carnales, transcurridas...

La metamorfosis lingüística era una realidad.
Podía entenderlo todo.
Los idiomas más lejanos y las palabras más
oscuras.
Aquellas que las piedras susurraban,
cuando en el silencio absoluto del espacio

nadie parecía que pudiese jamás escucharlas.

Y una vez más, la nostalgia.
Y tercamente volver la mirada,
o el alma —¿qué diablos es un alma?—
o nuestra meridiana capacidad de recordar.
Un poco de medida nunca viene mal,
que decía Carpanta.
Y no andaba errado;
andaba hambriento.
Pues que trabaje.
Que sea meritorio.
Y metálico.
Y luego, cuando se halla quitado de encima
al monstruo,
entonces que venga y nos lo cuente.
¡Oh, sí!
¡Que venga y nos lo cuente!

¡Viva la monarquía!
masculló un anarquista
repleto de dinamita.
Era la mandrágora,
que se le había subido a la chaveta.
No tenía monedas
con las que pagar tanto desafuero.
Y sólo, sólo quería estar subido a ese tranvía
y recorrer la ciudad, el país,

el continente, el mundo y sus rincones.
¡Era la monda, señoras y señores!
Y aún no me explico cómo diablos
no era un mono,
un mono palurdo y entrañable,
monjil,
sin monedas,
lleno de mandrágora por dentro,
y lleno de vida!
¡de puta vida!
¡viva la puta vida!
Señoras y señores,
lo confieso,
¡me gusta vivir hasta cuando me muero!
Lástima, esta manía que tengo
de ser monoplaza,
monomolecular
e improductivo.
¡Pero al fin he encontrado lo que buscaba!
Era esto. Era una voz imposible,
impopular.
Estoy impresionado de toda mi simpleza.
Estoy, incluso, impresentable.
Joder, ¡qué delirio es cantar!
¡expresarse! ¡improvisar!
Tengo tantos impulsos agazapados,
que yo mismo no dejo de extrañarme.
Y grito, ¡grito! ¡grito como si
no hubiera gritado nunca en toda mi vida!
Son tan indecente, tan improbable,
poco imprescindible...
que si no fuera así,

como hay dios que haría lo imposible
hasta conseguir serlo.
Lamentablemente,
me exulto y con extrañeza ajena
fijo en las palabras de mi extravío
lo que tanto he callado
y ahora, exuberante como una planta tropical,
no me da la gana de silenciarme.
¡Cuidado! Voy a eyacular!
¡Apártese, señora! Quedará horriblemente
embarazada si la salpico!
¡Tendrá tantos retoños que no tendrá
tiempo ni de ponerles un nombre!
¡Que alguien aparte a ese caballo!
¡Lo voy a salpicar y yo no quiero monstruos!
¡Fuera, fuera ese autobús lleno de pasajeros!
¡Lo voy a salpicar!
¡Partió con 55 viajeros y llegará cuatro o cinco
veces triplicado!
Aparten ese tren, ese transatlántico,
ese edificio,
esa ciudad, ese país.
¡Los voy a salpicar a todos!
A ver, ¡que alguien haga algo!
¡Yo no puedo parar! Es demasiado tarde.
Es tanto placer que no sé por dónde
detenerme.
¡Que alguien aparte a esa congregación de dioses!
¡Los voy a salpicar!

¡A la mierda! He decidido extraditarme.
No sé. A la Conchinchina.
Es un bonito lugar, dicen.
Dos habitaciones, baño,
dormitorio-comedor...
Por favor, ¿puede alguien llamar al interventor?
No puedo introducir la tarjeta.
Y si no la introduzco,
no podré acudir a mi exilio particular.
Me intriga todo esto;
no me intimida,
simplement, me intriga
toda esta petenera.
Soy un intruso
Siempre lo he sido.
Así quiero vivir y morir.
Con las narices bien largas.
Intravenoso
y babeante.
Con tantas poéticas en los dientes
como me sea posible.
¡Atención la tropa!
¡Vamos a invadir la ciudad!
¡Prohibido cortar menos de cincuenta cabezas por
minuto!
Atención, señor Alcorcón. Sí, a Vd. me dirijo,
fatuo!
A la próxima vez, le envío a invernar al Ecuador,
¡cenizo!

Nada sabía de su paradero.
Desapareció misteriosamente una noche de
invierno.
Se llevó consigo los parámetros,
los silencios,
los despertares y las paradojas.
Se lo llevó casi todo.
Y nadie sabía de su paradero.
El pararrayos también se lo llevó,
el muy cabrón.
Incluso las bacterias,
los microbios útiles y los bellacos,
la tendiditis se llevó.
Así, como si nada...
Era un bárbaro, un mal parido.
Apeataba a parafernalia.
Y en la pared, dejó eso sí un mensaje:
"Me lo llevo todo. Espero que no te importe".
¿Será mamón? Cómo hostias no me iba a importar.
En realidad, a mí no me importaba que se fuera.
Lo que me importaba es que se lo llevara todo.
Sobretudo el pararrayos,
y la antena de televisión (¡Dios, la parabólica!).

Era como un jaguar, una hembra
despampanante. Cuando daba un paso,
un mar de erecciones asomaban intrépidas
en las estaciones,
y los taxistas tenían que parar las máquinas
y echar agua al radiador, a la bragueta destrozada.

Era un jaguar impresionante,
una hembra —¡Dios!— como no vi nunca jamás
en mi existencia.

Una vez, se quitó la camisa
y ese día hubo en la ciudad 2.800 muertos,
12.451 violaciones, 23.867 agresiones,
55.982 heridos.

Fue algo impresionante.

Los telespectadores pasaban incluso de la tele.
Y los presentadores de los informativos,
casi se matan entre ellos
—¡hubo algún muerto!—.

Me daba fiebre sólo de verla.

Era una auténtica jaguar.

Más real que toda la irrealidad de África.

Era genio y figura hasta la sepultura.

Por eso, un día, cuando su esquila apareció
diluida en los noticieros,
pensé que era una broma.

Pero no lo era.

¡Y la ciudad estalló!

Los ministros se bajaban los calzoncillos
y se la pelaban ante el cementerio abarrotado
de gentes que luchaban hasta la muerte:

¡qué navajazos, qué disparos, qué golpes de
martillo,

que bastonazos, qué de sangre, qué griterío,
qué poca sensatez! Dios mío!

¡Cómo la queríamos! ¡Cómo la idolatrábamos!

¡Cómo nos era imprescindible!

¡Adiós, lo más indecente que hubo en nuestras
vidas!

¡Adiós, jaguar,
hembra despampanante!
¡Adiós, madre de todos!
¡Tus huérfanos no te olvidan!

¡Me precipito! ¡Con perdón lo digo!
¡No puedo parar! ¡Que alguien me baje
de esta noria! ¡No puedo parar!
¡Precaución! ¡Cuidado!
¡Voy a echar un lapo! ¡Es peligrosísimo!
¡Si te da en la cabeza te la agujerea!
¡Si te da en el pito te lo achicharra
como a un besugito!
¡Si te da en un ojo,
dile adiós a los colores!
¡Cuidado! ¡Protéjanse!
¡Voy a echar un lapo
y detendré la noria!
Los ácidos del lapo
fundirán los metales,
el odioso mecanismo de la noria
fundirán! ¡Cuidado con ese lapo!
.....
Vaya, ya les dije que se apartaran,
que tuvieran cuidado.
Si es que no me hacen caso...

En los Balcanes,

duerme la joven niña de la guerra.
Una balada, un susurro la envuelve,
de ternura.
Y baladí,
acaricia sus tiernos senos
aún sin desarrollar.
En los Balcanes,
allá donde la vileza del hombre
se pone de manifiesto,
la joven niña de la guerra
duerme su sueño.
Y baladí,
acaricia sus tiernos sueños,
aún sin desarrollar
bajo la ternura de sus
dulces senos,
en los Balcanes
donde duerme su sueño
la joven niña de la guerra,
arrinconada por la infamia,
la vileza sin límites,
la cobardía de Europa
y de las Naciones Unidas
y de los Estados Unidos
y de la Humanidad Desunida.
En los Balcanes,
la joven niña de la guerra
sueña que alguien acaricia
sus desmayados senos aún sin desarrollar,
y la desidia viene a interrumpir su sueño,
y la corrupción, y la vileza,
y la bestialidad se alzan,

inadmisibles.

"Antes muertos, que ciegos".

FANTASÍA N° 3

Es un maldito galimatías.
Tengo el corazón atravesado de melancolía.
Quiero ser galante con todas las mujeres,
con todos los hombres,
es decir,
con todos los animales
y las alimañas.
Navego hacia las islas Galápagos.
¡Menuda sopa nos vamos a fabricar!
¡Yu-huuuuuuuu!
¿Me oyes?
¿Estás ahí?
Tranqui, no pienses
que voy a hacer una tragedia.
¡Eso se acabó!
Se acabó para siempre!
No sé si soy un gallináceo.
¿Pero y quién sabe tanto de sí mismo?
Acaso, las gallinas...
Sí, ésta es mi galaxia.
Pasen y vean, señoras y señores.
No se lo pierdan.
¡Yu-huuuuuuuu!

Abro una página al azar
y me topo contigo;
abro dos páginas al azar,
y me vuelvo a topar otra vez
contigo.

Eres pertinaz;
¿eres perturbado?
Pues, bienvenido a mi humilde morada
(te prometo que te vas a poner morado).
Aquí no hay lugar para las pesadillas.
Todo sentimiento pesaroso,
lo dejas ahí fuera,
antes de atravesar el umbral de mi no tan humilde
morada.
¿Pestífero? Hola-lá!
Perverso, tal vez.
Pero, pestífero... ¡jamás!
Soy mi voz
hecha acordes
que a su vez forman
aquello en lo que vives,
objeto al mismo tiempo de mi no-tan-perversa-
morada:
yo y mis sueños.

No es fácil vivir dentro de una cápsula.
Lo más difícil,
hacer frente a los constantes
cambios en el estado de ánimo.
No, no es fácil vivir dentro de una cápsula.
Además, siempre tiene que venir
el carabinero de turno,
dispuesto a quitarme
el poco carbón que me quedaba.
Es más un capricho que otra cosa.

Esta manía mía de vivir en imágenes
musicalizadas.
La caravana de sonidos
viene detrás.
Haced un poco de sitio.
Aquí no se puede uno detener
y empezar otra vez.
No hay principio;
no hay final.
Estás condenado a caminar
siempre por el medio.
De todos modos,
falta profundidad.
Es la caraba.
Es un espectáculo circense
que no acaba de lograr
la tan deseada captura.
Nosotros somos la presa.
¿Lo habías olvidado?
Es una mente un tanto caqui,
la de este fenómeno musical.
Lo capto todo.
Y huelo el capotazo
lanzado más al aire
que al bulto en sí del animal.
Tal vez he llegado demasiado tarde,
cuando ya el artista no daba más de sí.
Decididamente, todo este encantamiento
se me hace sumamente pastoril.
Y a mí, el caso es que
me hace falta otro pasto;
y si no,

otra postura.
No me subleva.
Me ata, sí;
pero no me encadena.
Y yo,
lo que quiero es vivir con pasión.
Ya estamos obligados a ser
suficientemente pasmarotes
en nuestra vida real;
por eso,
cuando la cosa va de pasotas,
quiero
que el pastor del rebaño
traiga un par de pendientes
en cada agujero de su cuerpo,
y el pelo teñido en tres-cuatro colores,
y el collar de su perro
alrededor del cuello
y la camisa abierta
a pesar del frío de la noche.
Ése es mi pastor;
el resto, para la nada
y para el resto
(siempre acabo igual,
¿que no?).

¡Qué pastosidad!
De veras. Esto es más
pastoso, que mi dentífrico.
Más ganso que un ganso,

este movimiento musical.
Razonablemente,
incluso me da risa.
No me extraña,
que hasta a la realeza
le gustara.
Hay que reajustarse el cerebro,
para que estos borbotones musicales
puedan encontrar una plaza libre
—temporalmente—
en mi especie de cerebro.

Cada vez caigo más adormecido.
Si pudiera verme el trasero,
inauguraría una nueva secta de culto.
Se pueden hacer ejercicios abdominales
con todo esto.
Uf, ¡que alguien venga a salvarme!
¿Se habrían hecho viejos para cuando llegaron
aquí...?
¿O, acaso, siempre fueron así?
Admito que hay algo en mi reino
que no acaba de funcionar
como es debido.
Tal vez se trate de una señal admonitoria.
O tal vez, el grupo en sí consiste en eso mismo.
¿Es decir...? Cagüenlá, no entiendo nada.
¡Pero me gustaaaaaa!
Es algo así como llegar a la aduana
y que te digan,

"tiene que pagar dos mil euros por el coche".
Te sientes jodido, ¿verdad?
Te sientes horriblemente mal, ¿no es eso?
Bueno, esta corriente musical es lo que da de sí.
Vocerás...

Y ahora, viene en plan tremebundo...
Es como si quisiera hacer un trato:
yo te trasvaso si tú me trasvasas
alguna cosa que otra.
Vale, te doy mis traumas
y tú a cambio me das los tuyos.
En eso consiste el arte moderno.
Por eso, yo,
en vez de artista,
me siento tratante.
Es tremendo, de veras.
Es como si el tren se hubiese salido de la vía
y ahora caminara con cientos, miles
de diminutas patitas,
como un ciempiés devorador
de espacios, de nubes, de estrellitas
(¡qué bonitaaaaa las es-tre-lli-taaaaas!).
Algunos, se las meten por el trasero.
¿Por qué? Porque se cosieron la boca
y ya no pueden tragar por el lugar habitual.
Y otros,
para ir más rápido
(y según van comiendo,
pues... van cagando).

Es genial. Es la pollyya.
Es como trasvolar de un sitio
a ninguna parte.
Y al regresar,
ver con sorpresa
que ya no estás en el mismo lugar.
Vamos, que si tienes algún problema,
te vas al traumatólogo
y lo arreglas.

Y esto lo vamos a trenzar ahora mismo.
Bueno, no. Mejor, no lo trenzamos.
Total, no deja de ser un trasto.
Me gusta estar trastornado.
¿Y a ti?
Cuando me trastorno,
me trasunto.
Y cuando me trasunto,
me trastorno.
Pura lógica.
Vaya, creí que estaba en otra página.
Con la edad, todos nos volvemos prudentes...
Y nos proyectamos,
con prudente modestia
hacia los vestuarios
(de las féminas, como siempre
—no tenemos remedio—).
¡Publicidad! ¡Publicidad!
¡Nos hace falta mucha publicidad!
¡Queremos que todos sepan de nosotros!

Los que no tienen que comer,
los que diariamente sufren la persecución,
los que día a día sufren la injusticia,
los que mañana al alba morirán,
los que no tuvieron nunca una oportunidad,
los que no supieron nunca quiénes éramos,
los que murieron apaleados en las cárceles
de tu país, ante la indiferencia de la prensa
nacional,
¡ante esos, queremos ser famosos!
¡¡famosos como la Puta de Babilonia!!
Y cuando mueran, poco a poco,
nosotros les diremos:
¡Uy, pero qué famosos llegamos a ser!
¡Aparecíamos en todas las revistas
de los que hacía tiempo no tenían corazón!
¡Éramos los famosillos!
¡Los palurdos número Uno de la nación!
Y estábamos ahí, bien dispuestos,
con la pollera próxima a tu huerto.
Sometidos a la nada,
a nuestra vanidad,
a nuestra sombra hueca y vacía.
¡Somos nosotros!
¡Los amos de la televisión!
¡De la fisonomía musical del momento!
¡Nos importas un bledo!
¡La solidaridad es el espíritu del tío Sam
y sí, es cierto,
me he portado muy mal con la familia.
¡Jua-jua-jua!
Si quieres soñar,

te has equivocado de lugar.
Si quieres volar,
cáete del nido,
pero lejos de aquí.
Yo estoy enfermo;
soy más depresivo
que una aspirina somatizada
y disolvente.
Anda y que te den...

FANTASÍA N° 4

El problema de la grasa,
es que se acumula.
Por lo demás,
bendita sea su gracia.
Grasa animal,
grasa vegetal,
grasa espacial,
grasa terrenal.
La grasa es gozosa,
es... grasienta.
Es una cosa muy grande.
Hablar con el corazón
más encolesterado de este mundo.
No hay nada como una buena ración
de colesterol en el desayuno,
y sobre todo,
a la noche, antes de irse a la cama,
con la cena.
La grasa, gradualmente,
es mala.
Lo mejor,
de golpe y porrazo.
En bota o en porrón.
Con un toque de gramaticalidad siempre.

En la recámara tengo guardada
una última bala,
para mi propia recepción.
No es que esté cansado;

es más bien,
terca curiosidad.
Rebusco en los recovecos de mi desfasada alma
algo que aún pueda provocarme,
rebelarme.
Porque llega un momento
en que uno siente
esa impertinente necesidad
de rebobinarse hacia el principio
de las cosas (el The End de la película).
Se cansa uno
de estar rebosante siempre de tantas reflexiones.
Y es preciso abrir la válvula
y dejar que la máquina se vacíe
y vuelva otra vez a recargarse.
La tornillería no hay que descuidarla nunca.
Los sentimientos es preciso
tenerlos siempre bien alineados,
bien lubricados.
Para no perecer
a cada momento,
justo en el instante en que alguien
apoya su mano en tu hombro
y quedas petrificado por ese calor
que pensabas no volverías nunca más a sentir.
Y en medio del tormento,
una voz te suplica un último gesto,
y que dejes a un lado tanta teorización,
tanto mal gusto,
tanto caminar en la dirección equivocada.
Torrencialmente caen las palabras
amordazadas, finalmente acalladas,

insípidas
como gotas de lluvia.

La cuchillada partió rauda y callada
en la noche;
no tenía un objetivo estilizado aún.
Pero había tiempo para ello.
Convergía hacia un lado en concreto.
Llevaba su dirección,
su controvertido objetivo.
La cuchillada,
ociosa,
en medio de la noche atormentada,
ajena,
cuando el dolor ajeno
se refleja en una viñeta de cómic
arrojado a la basura.
Ocre, un poco ciega en apariencia,
pero obstinada,
la cuchillada mantenía su rumbo
—22 nudos la milla—.
Había en todo ello
un no sé qué ocasional;
y entonces, en el ochenta y cinco de la calle "Suelo-
Barrido",
el cuchillo por un instante se detuvo
y olfateó en el aire
su destino;
y luego remontó el vuelo
y se coló

por una de las cuatrocientas noventa y una ventanas
de las que disponía el edificio.
Y acto seguido cometió su hurto,
y se llevó consigo para siempre
aquella alma ya ausente,
lijada del cuerpo,
casi tropical
en medio de tanto libertinaje.

Los de la funeraria estarán contentos
con estos machotes.
Fruto de largos años
dedicados al centeno
y a la porrería.
La mala vida,
que acaba teniendo un precio
y pasando factura.
No nos olvidemos del asunto.
La frigidez del alma
es peor que la frigidez física.
El cuerpo, a fin de cuentas,
es una cárcel.
Froncosa, eso sí.
Y pensar que nuestra capacidad sensitiva
la habíamos alojado en el frigorífico,
por si acaso un día nos venía en gana...
Un analista nos habría aliviado de muchos
problemas,
pero son tan caros...
Así que nos fuimos a la iglesia.

Tocaban el órgano
—en realidad, por eso fuimos a la iglesia—.
Estábamos borrachos.
Y de vez en cuando, aplaudíamos.
Hasta que vinieron a echarnos.
"¡Cimarrones!", gritaron un par de viejas.
"¡Largo!"
Entonces, enfilamos nuestros culos
y cogimos puerta,
por si acaso.
Éramos ya cincuentones,
y no estábamos pa' trotes.
Además, tener un cortocircuito que otro,
a esas edades,
es la cosa más normal de este mundo.
Para ir de cínicos,
hacía tiempo que ya no nos llegaba.
Y no conseguíamos tirarnos nada,
a pesar de tener leída la enciclopedia Larousse
de cinegética
(decían que era muy buena,
para la caza de conejos).
Así que nos hicimos cinéfilos.
Al menos, con la luz apagada,
y en invierno,
bien ricamente que dormíamos.
Lo malo eran los ronquidos de Ricky,
el Gordo
—que además era daltónico
y siempre se quejaba de que sólo le llevábamos
a ver pelis en blanco y negro—.
En fin, estábamos excluidos

y por tanto
exacerbados.
Total, patatas...
Porque como decía mi tía,
lo importante es evolucionar.
Pero no en exceso;
eso, nunca.
Lo más gracioso fue
cuando nos excomulgaron.
Vino un día un tipo muy serio
y nos entregó la bula.
Fue la leche:
nuestra mejor excusa.
Excrementamos tanto
que tuvieron que llamar a un fontanero.
Pero al final, vieron que lo mejor
era llamar a un ingeniero de puertos y caminos
(era una pasada, de veras:
había allí mierda
como para tapar un ministerio).
Aquella fue la última vez
que nos metamorfoseamos.
Sí, ya sé que no nos lo merecíamos pero...
Quien sopla, ya se sabe.
Realmente,
estábamos sorprendidos.
Y el sortilegio
había dejado de funcionar.
Y si no,
que se lo pregunten a Zutano
(¿vosotros no oís
un zumbido a veces,

a las noches, cuando apagáis la luz?
¿no? qué raro...).

Lo mejor,
un buen zumo de limón.
Pero en la trastienda.
Si no, serás malmirado
(aparte de malnacido).
Y maloliente.
Y malnutrido.
Y malvado
y mamarracho
y mambrú
y mandinga.
¡Maldición!
¡Me han robado la cartera!
Uf, menos mal que estaba vacía...
Habrá sido por desconocimiento...
Claro que, capullos,
siempre los hubo.
Eso es porque no fueron nunca
al descuernacabras.
Y es que tanta congoja no podía ser buena...
Sobre todo, con esa confusión perpetua
que llevábamos pegada al rostro
como un estúpido tatuaje-condena.
Nuestro cerebro andaba congestionado
y nos congratulábamos.
Era motivo de elogios.
Y hasta el fuselaje que llevábamos
había empezado a entumecerse.
Éramos un avión fúnebre,
fungible y socarrón.

Íbamos a Jamaica
del mismo modo que hubiéramos podido ir
a Fuente la Reina.
Nos daba todo lo mismo.
Nos sentíamos más jacobinos
y arrinconados que una culebra de la Edad de
Piedra.
Así estaba escrito en los papiros,
que uno a uno dimos al fuego.
Luego vendrían a darnos pleito.
¡Novatos!
Con lo platónicos que éramos...
Y además, prolíficos.
De ahí que nuestra inventiva
estuviese supeditada a la intimidación
de ser todos los días.
Realmente, éramos labiales
en extremo,
intrauterinos,
e intrínsecos.
Y nos hicimos un bocadillo
de hepatitis
y nos fuimos a recorrer
la Galaxia
en una galera para reos
decapitados.
El gallo cantó tres veces
y nosotros veintiuna.
¿o fueron acaso veintidós...?
Me vacilaba la memoria.
Y tenía la tenencia
—perdón, teníamos

la tenencia—
de las cosas halladas en la sátira,
en el cañón de un revólver
oxidado.
Y la sapiencia tenía forma de sapo.
De hecho, siempre mostramos gran afición
hacia la mineralogía y todo eso.

FANTASÍA N° 5

En el asilo, descansaba
ensimismado, su mirada
debatiéndose entre la decadencia
y el exilio de la edad.
Y un dardo atravesó el aire
y se clavó en su misterioso corazón,
en sus deambulantes recuerdos,
que viajaban a través del tiempo
y de la nada en un zumbido de moscardón,
decadente...
Cerró los ojos, despacio,
como si le diera miedo no volver
a abrirlos nunca más.
Debajo de su voluminosa vestimenta
escuchaba latir su viejo corazón;
y sintió el dardo también que le atravesaba,
desparramando su veneno: la nostalgia
de haber sido una vez.
Era la debacle, sus últimos días.
No había nada alrededor,
excepto su indiferente universo,
su miedo a la nada, al Todo,
a la posibilidad de un Dios Creador
capaz de castigar, de condonar,
de premiar...
Sonrió, y su sonrisa pereció
en una mueca brutal.

El estoque entró, puntiagudo,

en su carne acostumbrada a la
laceración; se sintió, por un momento,
estrafalario, estrecho de miras,
pero tan inevitable como aquél estúpido
estoque clavado en su barriga.
No sabía quién lo habría dejado allá,
clavado, bamboleante,
como un fruto eternamente maduro,
por caer.

Una estrella se precipitó del cielo
fijándose a su frente;
su mirada relampagueó con estrépito,
con la furia de los caballos malditos.
Sintió un estremecimiento vago,
casi-casi ajeno.

Y luego lanzó un grito
estridente que traspasó la solitaria
habitación y fue a estrellarse
contra su sombra —su fatal asesino,
nadie.

Arrojó los dados contra el aire
y estos rebotaron, flotaron, se detuvieron
durante un tiempo interminable,
fuera del tiempo,
y luego cayeron uno a uno,
cada cual mostrando su rostro,
su mensaje cifrado.
Miró hacia la ventana
y vio que el paisaje había desaparecido.

Se habló así mismo
y le respondieron una maraña de voces.
Aquello podía ser peligroso...
Se apartó de la ventana
y al hacerlo se fue desdoblado en
quién sabe cuántas siluetas,
todas ellas con la mirada fija
en el paisaje desaparecido más
allá de la ventana.
Alguien abrió una puerta
en algún sitio, muy lejos,
y el aire fresco penetró
en la cada vez más pequeña habitación.
Había ya tantas siluetas
que hasta las sombras habían desaparecido,
misteriosamente...
Un penacho de absurda felicidad
se encendió y pereció casi al instante.
Y en esto, la pelota rompió el cristal
de la ventana y absorbió a todos los seres,
a todas las cosas de la habitación,
ya transformadas,
un poco rotas,
un poco ignotas,
un poco en trastos viejos dilatadas...

El diablo reía su desdicha,
su derrota. Y yo,
como un colegial, me eché a temblar.
El diablo fijó en mí su mirada,

como buscando un rastro de poesía,
una excusa para trazar una raya
en el aire. Sus ojos,
amarillos y oblicuos,
corruptos. Sólo consiguió
aumentar su desdicha...
De rodillas,
me obligó a confesarme.
Cambió de libro, de mirada;
trató de alejar su sentimiento.
Pero no lo consiguió.
Estaba furioso. No lograba ni
una gota de poesía. Y entonces,
supe que había llegado mi final.
Lo sentí caer, resbalar dentro de mí.
Su lengua por dentro me arrebató
los líquidos; y no contento con eso,
siguió cayendo hacia dentro de mí.
Era como si me estrangulara desde dentro.
Quería gritar, pero mis gritos eran su voz
hilarante, siempre insatisfecha.
Maldito embaucador, pensé por un instante.
Pero él enseguida entró en mi pensamiento
y también allá se dejó primero caer
y luego se desparramó por todos los rincones.
Finalmente, le oí silbar una melodía
y supe entonces de su dicha:
había encontrado lo que buscaba,
su instante de poesía,
su inspiración perdida,
su estremecimiento.

Cuando abrí los ojos,
era otro. Tenía una estrella
clavada en la frente
y otras dos más pequeñas
atravesadas en las pupilas.
Estaba ciego.
Y sabía que había vuelto al mismo sitio,
al mismo laberinto.

Desnuda, de puntillas,
los brazos en alto, juntos
los dedos de su mano,
formando una O oblicua.
Sus pequeños senos
cubiertos de ramas,
y bajo ellos, el mensaje
prohibido.
En su torso desnudo
relegué;
y escribir, vi que no podía
ser cierto,
porque para eso hacía falta un alma.
Ella continuaba allí,
transformándose únicamente
para mí.
Cuando me atreví a tocarla,
comenzó religiosamente a desaparecer,
hasta que allí sólo quedamos su relieve

y mi ansia norvietnamita.

Todo era tan normal...
La noción del tiempo era una sensación
demasiado fácil. Así es que
la deseché arrojándola al cubo
de las pilas botón.
Me sentía tan nacional
como un cubo de basura olvidado.
Y el hechizo de la noche,
vi —acaso por primera vez—
que era real. No lo había inventado
ni yo ni otro; no lo había leído
tampoco en ningún sitio.
La luna no era sino una palabra blanca
y redonda en el cielo terso y azul oscuro,
sensual. La decadencia, a lo sumo,
podía estar en mí; no en aquel cielo.
Me sentía incluso normal,
como si hubiese nacido para eso:
para admirar las redondeces núbiles del cielo
traducidas a palabras desparramadas
en la inmensidad del cielo azul
oscuro ¡y quise gritar! y mi voz
se enmudeció, calló fofamente
en cuanto tocó las primeras nubes de algodón
naranja, nacaradas.

Le dejé allá su regalo, una flor:
nomeolvides. La sustancia fluía
de mis venas y mis ojos no podía cerrarlos
porque los tenía suspensos en la esquila
dejada por aquel barco psicópata,
que apunto estuvo de arrebatar
nuestra juventud.

Había una puerta que no daba a ningún sitio;
y un camino que se acababa allí mismo;
y una escalera que se detenía en el piso dos y pico;
y un ascensor que no había funcionado jamás;
y una lluvia seca;
y un paraguas que murió en el paraguero;
y luego... Me quedé allá, un poco abyecto,
pensando que mi público no se merecía eso.
Había sido tan grosero...

Lo siento. A veces, a uno le estalla el alma
en los dientes, en la boca, en el esófago,
en la punta mayúscula de los dedos agarrotados,
largos como un lienzo aún por estrenar.
Deseaba seguir; había tantos segundos
mal aprovechados... Era preciso valerse
del talismán, de su fuerza, de su magia,
de su nochevieja celebrada con seis meses de
retraso.

Estaba en nómina...
en la Casa de la Poesía.
Y mi nombre,
me parecía ridículo.

Las páginas se repetían.
¿Abrían perdido su encantamiento?
Si así fuera, estaría perdido.

Sentí desfilar una tropa de impulsos
que no acababan de quebrarme.
No quería volver a sentirme desgraciado.
¡Y enarbolé una bandera!
Y sentí sus cadenas enrollarse alrededor
de mi cuerpo y oí los cerrojos cerrarse
con rabia.
Era la centésima vez que me ocurría.
Las campanas de una iglesia destruida
hacía mil años tañeron y en el valle
volvieron a resurgir los antiguos habitantes,
la Ciudad de los Muertos,
nosotros todos, nosotros
con nuestra intachable vida de todos los días.
Abrieron una caja de ahorros en el campo santo,
¿os lo había dicho?
Oh...

Un pedrusco yacía en medio
del camino; tiempo atrás
había pronunciado su discurso.
Su palabra se propagó como el fuego
y las promesas de los enamorados
se fundieron en ella, para siempre
perdidas. Luego, el nitrato hizo el resto...
Prolijo, ¡ya lo creo!
¡Nunca conocí un pedrusco más prolijo!
Era el verbo hecho piedra,
era un nudo imposible de resolver
en la garganta. Tenía docenas

de preguntas y otras tantas respuestas.
De las puntas de mis dedos brotaban
las palabras de ayer y del mañana.
El pedrusco continuaba allí,
impertérrito, entregado a su monólogo sensacional.
Tenía la soledad del cementerio pegada a su
rugosa superficie. Tal vez fuera peligroso acercarse
a él demasiado. Su inamovilidad hacía daño;
y sus palabras no podía obviarlas.
Eran demasiadas. Eran una montaña de palabras-
confetti
que lo invadía todo. Por un momento,
pensé que el espacio de Internet en su totalidad
sería insuficiente para contenerlas.
¡Nunca conocí a un pedrusco semejante!
Llegó un momento incluso que lo recusé;
pero fue inútil. Siempre permanecía al
principio.

El silencio lo había invadido todo.
Cada poro de piel humana
estaba horriblemente mutilado.
Mis ojos perecieron. El proletariado
murió y el capitalismo también.
La noticia se propagó al instante,
en octavillas.

La diadema brillaba con reflejos oscuros.

En sus labios, una daga surgía con despecho.
Su expresión despertaba una impúdica sonrisa.
Y cuando su lágrima llegó al suelo, ya había
muerto.
Se despeñó con parsimonia, como quien va a una
muerte ajena. Alguien mecía la cuna vacía.
El miedo cortó por un instante la estancia
y el latir acompasado del corazón lo acrecentó.
Había una subversión en toda aquella historia.
Y un mosaico, en la pared, se iba construyendo
a golpe de segundo, incorrupto, solitario.

El buque partió ensimismado y desapareció
en la niebla densa e impregnada de miradas árticas,
tropicales, ecuatorianas... El buque, olvidable,
navegaba sin rumbo, hacia un final impredecible,
pero siempre inconcluso. Más que un barco,
era un destino. Y en el mar dejaba a su paso
una cicatriz. Su tripulación, la encarnación de un
mago.
Cuando el capitán cerró los ojos,
el barco desapareció en la espesura de la selva
amazónica, engullido por los árboles
incandescentes,
salvajes, impuros...
Aún hoy se le recuerda, atravesando un mar
imaginario,
cometa de sí mismo. Una calavera y una rosa
colgando de un trapo, y el azul-rosáceo del cielo
siempre

sonriendo, como si aquel feudo marino le perteneciera por despecho. La unanimidad era absoluta: más que un barco era un destino. Por eso, cuanto se adentró en la selva y fue engullido salvajemente, sin escrúpulos por la indecente selva, nadie se extrañó de su ocaso, y contentos incluso de tanta imprudencia, alzaron los pañuelos blancos, en señal de duelo eterno.

FANTASÍA N° 6

Estaba acorralado en aquella habitación;
sólo él, acoplado —digamos— a su cerebro,
sentado en una simple y casi rústica silla.
Lo acosaba su respiración
y practicaba el contrabando con sus recuerdos.
Evocaba recuerdos tan desnudos como su silla;
recuerdos también acorralados por su propia
memoria.
Era horrible; pero, qué le vamos a hacer.
Su estoicismo le habría una puerta a la jocosidad
más apurada que haya visto nunca mortal alguno.

El coche yacía allí mudo, con un no sé qué
patizambo, de tanto que llevaba esperando
a la nada. Su reposo era más un rechazo
a la movilidad, que una invitación al viaje.
Había realizado sus conspiraciones,
sus kilómetros de polvo y barro,
sus alocadas maniobras y sus despedidas,
en las que no faltaron algunos dulces besos.
Pero ahora estaba allí, rechazado, señalado
por el inmisericorde dedo del tiempo
y de la separación. Verdugo de sí mismo,
y de los dueños que le prestaron su alma.
Alguien dijo que aquello no era un coche;
que era el Verbo, irreciclable, verídico
y... pasajero.

La ventana observaba su melancolía
extenderse violentamente en el paisaje
agónico; los melocotoneros aportaban
abrelatas al conjunto, con frutos envasados,
fecha de caducidad incluida. Había tanta
indiferencia
en aquella ventana que incluso daba a entender
una suerte de sucio melodrama,
traslúcido, eclipsado hacia el paisaje adyacente.

La esfera del reloj amarilleaba los minutos
robados al aire de la noche; y de las agujas
colgaban desgarrones de historia, decadentes.
Era una silenciosa hecatombe, facial y bestial.
Y el jadeo del transcurrir, a pesar de todo,
tan sensual, delicioso...
Aquel reloj siempre tuvo una maligna
predisposición
al transcurso, a la senectud y finalmente a la nada
eterna.

Era un ritmo atropellado, la antítesis del
pudor inglés —¡tan criticado!—.
Oía a sudor y a saliva. Descuartizó el átomo,
y todos aplaudimos a rabiar. Simplemente.

El sueño era pertinaz, como una esquina.
Se ladeaba a un lado y a otro —ola y barco—.
Fecundo... ¿Por qué no? Un auténtico oasis,
en donde el sueño flotaba, mecido en
imaginarias ondas y reflejos de sol.
Era un sueño repleto; lejos de la soberbia
y de lo tétrico. El sueño y el oasis eran la misma
cosa,
el mismo objeto, el mismo sueño físico.
Receptor del mundo real al otro lado del oasis,
del ser humano que yacía en su sueño,
que vivía (en) su sueño. Había sido creado
para el reposo.

La altiva esfinge hacía frente a la tormenta
de arena fugitiva de mil épocas históricas
acaecidas hacía largo tiempo y llevadas a
su mítico final. La esfinge era un portal
inolvidable, que pasaba inadvertido a la
percedera realidad que algún día
engulliría y reforzaría su espíritu de esfinge.
El talismán de la esfinge brilló
en medio de la tormenta de arena
y un deseo antropófago, encarnizado,
brilló en su rostro, en su deseo de esfinge,
atada como estaba a sus iniquidades,
a su en absoluto perentorio transcurrir
de eternidades.

Sus manos traspasadas de señales,
de flechas y mensajes ignotos. Sus manos,
siempre el prefacio de alguna profecía,
atrapadas en su mirada oblicua, interior.
La zozobra del inevitable devenir
de los proyectos humanos
trasformaba en hechizos los caprichos
del destino, siempre novelesco y trivial
y al mismo tiempo trágico. Allá,
donde la gratitud y la gratuidad
de los acaeceres —¡del fingimiento carnal!— se
dan la mano,
para no separarse —quizá—
nunca jamás.

FANTASÍA N° 7

Libre, como una cadena;
acosado, como una nube por el inmenso
cielo de la noche; el sentimiento
de ser en medio de la jungla asfáltica;
tú, no tú y tu gente,
sino tú. Una ciudad de cemento
y carne; lóbrego palacio
de habitación, cocina
y baño. Libre, al fin y al cabo.
Sobre todo, gracias a los metros cuadrados.

Una cárcel de barras de cristal de acero
congelado. Y yo ahí dentro,
más allá de la vida, más allá del deseo
de vivir. Transformado probablemente
en un sentir monstruoso de la realidad.
Ahí me dejaron; ahí me dejé.
Yo soy culpable; tú eres culpable.
Todos lo son. Ellos, ellos, ellos...
Esta maldita y mediocre culpabilidad.
Mira mis brazos; están desnudos.
Así es como me siento por dentro.
Ven; márchate; déjame; no te vayas;
golpéame; acaríciame; ven...
Que alguien venga y me explique
quién soy; yo... no lo sé... Y hace
ya tiempo que nuestra madre murió.
No le puedo preguntar; y si lo hubiera
hecho cuando aún podía, no habría

conseguido nada,
excepto embrollarlo aún más todo.

Ella miraba al cielo oscuro, transformado
en oscuridad. Prevalecía su propia negación
de sí misma. Era excesivo hablar en esos términos.
Para emocionarme de las cosas, y de la vida,
no hace falta tanta terminología. Veces hay
en que cerrar los ojos y dejarse llevar
—o dejar al corazón hablar— es
harto suficiente. Tiempo habrá
para la reflexión,
para morir incluso,
para dudar...
¡Eh, oscuridad! ¡blanca y deforme oscuridad!
¡Eh, gris ciudad, inmensa ciudad, amasado
trozo infinito de cemento y rueda!
¡Eh, eh, eh!

Quietud de ser una misma
y tantas cosas rotas al mismo tiempo;
quietud de alargar el brazo
y no saber porqué.
Tanta compasión de una misma,
cansa.
Y tú, oh madre celestial,
abominable tú,
¿dónde muere el recuerdo?

En mis ojos no cabe ni una gota
de nostalgia; el paisaje, ahí clavado,
con esa terquedad de las lavadoras
bien acostumbradas. Eh, tú,
madre de las indecisiones,
del recuerdo, del devenir caótico
y de este rencor que araña el alma
y no me deja, no me deja,
no me deja...
Sueña la almohada;
sueña la hembra inquieta,
enlutada, su cabeza unida por cables
a la almohada fatal, futurista, absurda.

Nunca vi un almendro con mis ojos;
pero siempre lo desee; con todo mi corazón.
Su blancura; sus ojos suspendidos de cada hoja;
sus frutos, peligrosos como garras de piedra.
La posesión del almendro; ser parte de él
y no tener otro dueño. Es una historia
entre un árbol y yo. Nobleza manda.
Y su savia rondando, acariciando, chupando
de mis senos. Vacíos. No entender nunca
cuando la realidad no es ya sino quimera,
sueño que yo convierto en pesadilla.
¿Hasta cuándo este horrible sentimiento
de ser poseída por el espíritu de un árbol
que nunca alcancé a conocer con mis ojos
pero que llegó a adueñarse de mi cuerpo?
La ninfa quedó dormida sobre la roca,

un claro abierto en el frondoso bosque.

La llamada recíproca entre él y yo.
Su silencio se abría paso entre la
incertidumbre y la incomunicación.
¿A quién le importaba
la carestía de la vida,
si no al tacaño de turno?
Una furia blanda se adueñaba de mí;
quería utilizar mis puños
pero me di cuenta que nunca
antes lo había hecho,
y era ya demasiado tarde...
Ese carácter fofo ante la existencia
diaria. No, no era una poesía
en palabras, en meros conceptos
ingeniosos o tal vez, en esa
interacción entre palabras
mezcladas con una cierta gracia.
Era algo más; el sentimiento...
de ser algo más.

Yazgo dentro de un barril;
creo que está vacío, como yo.
Pero no estoy seguro, como yo
también. Es un barril abandonado
en algún muelle de puerto
de ningún sitio. Donde yazgo

como por casualidad,
sin pasaporte, obviado
por este destino mío
que es de todos,
con la luz apagada, aquí,
en mi barril tal vez vacío.
Y hasta donde llego a ver,
veo que lo veo todo. No hay
más límite que el de mis venas
físicas, que el de mi devenir
extraño y extranjero para mi persona
o lo que queda de ella.
¡Ah, hablar con el corazón!
Eso, bien vale su peso en oro.
En este barril, tan estrecho,
y al mismo tiempo, con cabida
para un universo entero. Buenas
noches, mundo; buenas noches,
universo.

.....

(Buenas noches... barril)

El plenario quedó allí sobre la mesa.
Estaba todo dicho y no faltaba nada.
Yo estoy bien. No te preocupes...
Era una voz; la voz del plenario.
No era ni mejor ni peor que otras voces
que ya antes me habían sucedido,
en el plenario, cerca de Dios,

de la Nada, del Mundo. El Plenario
rogaba su canción, que se deslizaba
lenta, como un rezo con rosario,
los ecos de los labios,
estremecidos en medio de la tormenta
de nieve. Siempre, siempre esta nieve,
blanca y roja, sin hollar.
Y mi respiración que habla;
palabras de uso diario,
auténticas contraseñas para comunicarse
con los dioses, falsos y absurdos —yo mismo—.
Una conversación malsana, como
quien duerme con un sueño agitado.
El frío acaecido de otros tiempos
lo siento en mí, con su acacia blanca
y sus dedos blancos, arrugados,
posarse en mis mejillas. Miro y no veo
nada porque mi mirada resbala hacia
el abismo de la nada, donde los dioses
acuñan su infelicidad, su destino
de estar abandonados a su suerte,
a nuestra suerte... El cielo, acabado,
se despide de mí con un susurro.

Ajeno al sufrimiento, dentro de este saco,
absorbido por una fuerza inocua,
como un escupidero...

Los rostros partidos en mil pedazos
de luz; rostros de aspecto cuidado,
cultos incluso. Pero antropófagos
por dentro. Rostros indispensables
e indiferentes. Mañana me salvarán
la vida/mañana me la quitarán.
Un destino irrisorio, en el que
el propio Mefistófeles perece,
de pura bondad y desesperación.
Todos somos tan imperceptibles,
tan ocultos a nosotros y a los demás,
que la posesión de la carne nos
deja indiferentes. Y mientras,
los rostros hechos añicos por
los reflectores multicolores
de la sala de baile. Con nuestros
cuerpos y rostros de aspecto cuidado,
cultos incluso. Pero antropófagos
hasta la última gota de semen.
Se disipan las dudas, las últimas
comparencias, el meneo
intencionado y furioso de los
cuerpos. Esta sensación indigna
de ser diariamente aquello que
precisamente uno más odia.
Y qué se le va a hacer—
exclamó un dinosaurio
al ver la inmensa estrella
del cielo precipitarse—
sino morir.

FANTASÍA N° 8

La cometa elevaba al cielo
su plegaria, transformada en una
danza expresada con palabras.
La cometa, centinela en las nubes,
impelida por sus misteriosas acometidas,
dejaba un rastro similar a una estela,
y no había una cuerda que la atara al suelo,
ni un deseo capaz de transportarla más
allá de las nubes.

El reloj, desastroso, asaltaba la madrugada
y su renuncia era una manera de insinuar
su impaciencia por el tiempo venidero.
Cuando las agujas iniciaron su devenir
estático cundió el desánimo y todos
los despertadores del mundo comenzaron
estrepitosamente a sonar. Llamaban al
desarraigo, a la locura sin infelicidad,
al desorden sereno y a la indisciplina
sin trágicas consecuencias. Un cicerone
mostraba el camino a través del
Museo de los Relojes, en donde todo
el tiempo —el Histórico y el Eterno—
yacía acumulado, bajo una capa de polvo
estático. El cicerone se quitó la gorra
y mostró su rostro, transformado
en una par de agujas y una esfera.
Y luego el polvo lo cubrió, hasta
que no quedó nada de él.

El cartel en la carretera mostraba su mensaje.
Y una doncella pegada al anuncio invitaba
con una mano a no sé dónde, tal vez,
a un motel de carretera... disperso...
en el que los sueños se pagaban caro.
Pero, merecía la pena... Y cuando
llegabas, la misma doncella te habría
la puerta. Y en sus ojos, resplandecían dos
piedras brillantes, abrasadas en colores,
aunque sólo por un instante. Luego,
la mirabas, y ya se había ido. Y en el
cartel, también había desaparecido.
Y entonces, sólo aparecías tú...

Las ruinas del fortín se alzaban cerca
de la primera División Espacial, junto
a las lunas Minex y Soleidón, a 45°
latitud noespacial y 654° altitud ciber
universo. El fortín, colosal, oscuro
pero con ese brillo azul siempre alrededor...
Era más una casualidad,
que una realidad.
Una figura de mujer cruzó por un instante
a través de las ruinas; luego, asaltada por
un ruido o tal vez por la impresión de
ser observada, dio un salto y desapareció
por una grieta. Pegué la nariz a la ventanilla

espacial, y apreté la mirada. Pero no volví a verla. Luego, una corriente nos alejó de allí para siempre. Y nos quedó el recuerdo, la maravillosa sensación de aquel fortín semiderruido, envuelto en su luz azulada y oscura, y aquel extraño ser con figura de mujer...

El sapo contemplaba atónito la quietud del pantano, las aguas verdosas y las dos lunas atravesadas entre las impresionantes montañas del cielo. Su mirar agarrotado, translúcido... Una cometa atravesó la atmósfera del extraño planeta y fue a estrellarse no muy lejos de allí. El sapo cerró los ojos justo en el instante de la explosión y la sintió con gozo transmitirse a través de las aguas quietas hasta alcanzar su cuerpo, que tras unos pocos segundos, estalló en mil pedazos que luego, al caer, volvieron a juntarse hasta formar de nuevo la figura del sapo, contemplando atónito la quietud del pantano, las aguas verdosas y las dos lunas atravesadas entre las impresionantes montañas del cielo.

El restaurador laboraba en su taller

extrañas figuras parecidas a seres humanos
en las que introducía, una vez finalizada la talla,
un extraño objeto brillante. Y los
seres cobraban algo parecido a una vida
propia, aunque había en sus movimientos,
en sus palabras, algo que los delataba.
Tras el periodo de prueba salían
por la puerta de atrás rumbo a un destino que,
de tan ignoto, incluso parecía humano,
aunque...

El técnico repasaba la máquina recién construida
y lista para ser lanzada al espacio desde el cohete
X-571. El técnico anotaba en un cuaderno todas
sus impresiones, los porcentajes, el cuadro eléctrico
y los componentes químicos. Y luego, pieza por
pieza,
procedió a desmontarla, llevó los trozos
al compartimento de salida y desde allí los arrojó
al espacio, en donde cada pedazo, al contacto con
la
atmósfera Cero, se puso en marcha
y el técnico, satisfecho, sonrió con orgullo.

FANTASÍA N° 9

Un cínico se acuesta esa mañana temprano
y resuelve dejar de fumar, dejar de cimbrear
al mundo con su indiferencia, con su cinismo
fundamentado en su cincuentenario cumpleaños.
La circulación de las calles remite impenitente
y el cínico asoma su rostro encanallado por entre
las macetas de la balconada, y su cuerpo
semidesnudo
fluye entre su cinismo y la primera nube que cruza
aguerrida el cielo inconmensurable, entre ráfaga
y ráfaga. Y el cínico sueña su sueño y su vorágine,
su carne y su presunción inalterable, su rumor
de palabras apagadas y locuaces, insensatas,
aferradas a una página como un barco a su
ancla en la hondonada mientras la tormenta
sufre su desengaño amoroso y la rabia acrecenta
su sentimiento de fracaso y absorción.
El cineclub estalla —¡es fantástico el último film
bélico!—. Una rata asoma su hocico justo
a tiempo: la mina colocada a su paso estalla
y la descuartiza en un instante que se alarga
en el tiempo hasta el punto que la rata vuelve
a caer deformada pero con sus pedazos aún vivos
—puro instinto de supervivencia—. "Ah,
señoras y señores, si esto no es el paraíso,
se le parece bastante" dijo Lucifer, alias "El
Cínico".
Alguien trajo una tableta de chocolate; y otro
ensilló su caballo; y otro se preparó una ensalada.
El cielo tenía un tono enternecedor, como una

hoguera camino de su extinción. Y el numero
Cincuenta
seguía su camino, llevando los enseres y las cosas
propias y extrañas. Alguien enarboló una bandera
que el viento despedazó a dentelladas. Era
peligroso,
cuando soplab a esa hora y desde esa montaña...
En Friburgo un ser moría de inanición;
y en Viena otro ser creyó inventar una nueva
ciencia: Mundología. Psst, si hubiera mirado al
diccionario... Pero no lo hizo, y es por eso
que la Muerte se fijó en él. Fue, digamos,
un flechazo. A veces, sólo se enamora uno...
El cura en el funeral permaneció mudo,
gesticulando furiosamente y moviendo
los labios. No podía hablar y eso le
enfurecía. El muerto parecía contento.
Y la Muerte, desde una esquina del templo,
semiescondida tras una columna de marfil,
contemplaba enternecida la escena
(alguien la vio enjugarse una lágrima;
y luego se enjuagó los dientes —tenía
dos muelas de oro y tres puentes—).
De repente, el musgo comenzó a cubrirlo
todo. Y la Muerte tuvo el tiempo justo
de salir huyendo antes de que el fin
de los tiempos la atrapara. Y el muerto
decidió que ya había muerto suficiente;
y se levantó y mostró lo que todos sabíamos:
que siempre había sido un mujeriego. Allá
mismo, en el ataúd nos lo demostró. Las
chicas hacían cola. Lo adoraban. Pero

el muelle no aguantó tanta presión y todo el mueble se vino abajo. El asunto tuvo sus repercusiones; trajo cola, vaya. Y desde arriba se dieron órdenes precisas, para que nada semejante pudiera volver a suceder. Dios estaba furioso. Los ángeles corrían asustados por los pasillos portando gruesas carpetas atiborradas de legajos y todo el suelo estaba cubierto de folios desparramados. El diablo estaba sin embargo satisfecho. "La dicha siempre es más dicha a costa de la desdicha ajena" se dijo, y se rió entre dientes. ¡Unos dientes fenomenales! Parecían púas. Y entonces, ¡llegó la acometida! ¡Allá donde hubo ojos un día ahora había alas! Y nuestros ojos volaban de un ángel a otro. "¡Qué calamidad!" exclamó un payaso cayendo a dos mil metros por segundo. Y antes de que tocara tierra, la mano de Dios lo atrapó y el payaso dijo: "Salvado". Y Dios respondió: "Sí, que te crees tú eso". Y lo lanzó hacia lo alto con tal fuerza que empezó a subir (a caer hacia arriba) a una velocidad de 8.000 pies por segundo. El resultado fue de un rústico exquisito. Y en Moscú eran tan solo las doce y media.

El ron sabía delicioso en el Caribe. Y en Hawai una ola de 80 metros de altura dejó a los banqueros sin poder llevar a cabo su última transacción. Y un francés dijo *Ho là-là*; y un inglés dijo *yeah-yeah*.

Uf, esto se está poniendo peligrosillo. Y sí, así era.

Una nube de langostas carnívoras se acercaba por sotavento a la nada desdeñable velocidad de 120 nudos. A un tiburón que había asomado el hocico

lo dejaron flipado y en los huesos en apenas un par de cochinos segundos —¡cómo pasa el tiempo!—

dicen que dijo. La nube de langostas asesinas torció de improviso y se coló en el pueblo, sobre todo, en la guardería. Mejor, no sigo; adivínenlo Uds., si son tan amables. Tengo ahora cita con la manicura.

Voy a pintarme cada uña de mis veinte dedos de un color distinto: habrá púrpuras, violetas, rojos de pasión,

marrones de... Bof-bof-bof. Luego me teñiré el pelo

de azul marino oscuro y me agujerearé las orejas y las napias y el ombligo y el falo (tengo un falo muy simpático, ya os lo presentaré algún día, nenas)

y luego... ¡a la discoteca! Hay una congregación internacional de esqueletos marchosos

(un poco pelicularos, pero bueno), yo creo que nos lo pasaremos bien. "En el fondo,

lo que importa es participar" dijo Muescas-Kid,

luego de descargar su portaaviones contra

un campo de refugiados. En aquel momento,

todos levantamos nuestras cabezas para ver

a un narcoléptico que pasó volando. Fue muy

bonito.

La naturaleza es fantástica. Cuando menos te lo esperas,
¡badaboum!, te da el palo. Terremotos, maremotos, incendios, pestes, sequías, inundaciones, ciclones, napalm... Ah, no. Eso último lo inventamos nosotros, los americanos, los chinos, los árabes, los europeos, los indios de la India (no iban a ser del Senegal, pero...). A-jua-jí-jua-jua-juá!
Un rayo de color naranja incendió el cielo y luego cayó al mar e hizo Fsssssss. Y se hundió, hasta el fondo. Y al ver aquello, arrugamos las napias y dijimos, "aquí huele a quemado". Y eran nuestros culos, que se estaban achicharrando porque nos habíamos sentado en el hornillo eléctrico, una de las trampas más viejas que existen en este mundo pero que más hacía gozar a nuestro pérfido enemigo. Y digo yo, qué coño le habíamos hecho...
Será porque era napiforme y nosotros no. Echamos un poco de nafta a nuestros cafés con leche y sorbimos poco a poco el veneno, así gozábamos más de los efectos (nocivos siempre, por supuesto; si no, no tendría gracia). Y luego vino Jacobo,

con un hacha, y gritó: "¡Mirad lo que hago!". Y se cercenó un pie,
y luego el otro, y luego una pierna y luego la otra,
y luego la mano derecha (era zurdo) y luego el
brazo derecho.
"Y ahora", dijo, "vais a ver de lo que soy capaz". Y
con el hacha
y un par de trozos de madera se hizo un barco muy
bonito
que yo no sé por cierto cómo se las arregló para
meterlo
dentro de una botella. "Precioso" le dijimos todos.
Pero no tuvo tiempo
a darnos las gracias porque se desangró. El jabalí
asomó el morro
por la puerta y "a otra cosa, mariposa" dijo alguien
(yo no).
Era un jabalí divino, libertino, con un pelo brillante
y terso
(se lo lavaba con champú anticaspa); admiraba a
Kant y
la filosofía de paragüero (no me pregunte nadie en
qué consiste
porque confieso amargamente que nunca hasta
ahora había
tenido noticia de una tendencia tal —tendonitis,
tendonitis,
tendonitiiiiissssss—. A ver, que alguien deje pasar
a la gorda;
¿eh? ¿que viene con el gordo? Mira, eso ya me jode
más...

No me malinterpretéis, no es mi culpa padecer de
licantropía.
Además, tengo una mancha en los pantalones que
no se va
ni con sulfamidas (ayer estuve viendo cine erótico).
El Eroticón.
Una buena película. Ella le da una hostia en la jeta
y entonces
él se enamora perdidamente. Pero cuando le toca la
teta
ella le mata y tiene que descuartizar el cadáver en
la salita
de estar (porque en el baño ya había para entonces
otro par
de admiradores aguardando el despiece). Cállate
ya, mamarracho.
Estamos hartos de tus condescendientes críticas de
cine.
Todo lo embrollas. ¿Por qué no te vas a jugar al
dominó
con las abejas africanas? Son muy simpáticas.
Toma, bebe
un poco de arsénico. Va bien para el colesterol. Y
para las
articulaciones. También quita el cáncer de Colón
(el Descubridor)
y la congestión nasal. ¡Ostras, ya estamos otra vez
con las napias
a vueltas! Control; hace falta un poquito de control.
Y evitar expansionarse demasiado. El éxito
depende

de muchos factores. Hay que saber ex-te-rio-ri-zar los sentimientos;
y cuando cagues, dar un toque erótico al excremento.

Me ha parecido oír relinchar a un caballo... ¡Jesús! Pero, si estaba en una cuadra y no me había dado cuenta...

Claro, con estas greñas. ¿Os he hablado alguna vez de las propiedades coligativas? ¿No? Qué raro... De repente, sentí náusea de estar allí y de no estar allí.

Y pensé que nunca hubo un náufrago más contento de su destino que yo. Por eso, cuando vinieron a salvarme, los recibí a tiros. Al único que no maté, fue al perro. Pero me lo comí. Vivo. A los otros, no;

bueno, sí. También me los comí; pero muertos...

Menos

a uno (me llamó "salvaje"). No te jode... Luego, me recogí las nalgas y me largué a otro atolón, no fuera a llegar la legión de honor a salvarme.

La digestión fue jodida. Y a partir de entonces, me hice

vegetariano. Naranjas, mandarinas, peritas dulces, manzanas sidreras y plátanos de Canarias.

Al cabo de tres semanas se me fueron las ganas incluso

de ser náufrago. Y resolví volver de nuevo a la nada,

a la nauseabunda nada: a la postrada civilización de nuestros antecesores.

FANTASÍA N° 10

Nada podía satisfacer al estúpido unicornio en que me había convertido. No, no es que fuera un cornudo original; el caso es que no estaba ni dentro ni fuera. Y ya me andaba asqueado de tanto destino irregular. Me llevé el vaso a los labios. Pero me daba lo mismo. Así que volví a dejar el vaso donde estaba. El asco me rondaba como la muerte al condenado. Era un mal día. Ya pasaría. Como pasaron otros tantos malos días. Tenía el corazón en desuso. Y la ensalada, recién aliñada, encima de la mesa, intocada. Y los sentimientos enternecedores se los había metido por el trasero al vecino con quien había tenido la mala suerte de toparme en el ascensor. No era nada personal. Sólo un mal día. Un día de tantos. Di un sorbito al vaso. Estaba bueno. Cerré los ojos y ensillé los sueños letalmente dormidos en los últimos días. A veces, pensé, hay que ser duro con los seres queridos. Si no, se vuelven odiosos. Reí para mis adentros, pensando que estaba muerto y enterrado. Los gusanos, encantados con tan buena y generosa presencia. La felicidad nunca está repartida al gusto de todos. Tenía una estampita, por si acaso. Ah, no. La había cambiado, en el último momento, por un billete de lotería. Justo antes

de que un autobús me pasara por encima.
Volví a reírme en el mostrador solitario,
mientras daba otro sorbito a la copa.
¿Pero estaba muerto o no lo estaba? Me
pregunté contrariado y divertido al mismo
tiempo (una frase en desuso, ¿que no?).
Estaba de moda morirse. Pero yo
siempre odié las modas. Los decibelios
andaban sueltos y enfurecidos. Salían
en tromba del amplificador. Y entraban
a jarro en mis oídos, dando martillazos
terribles. El camarero me miró con curiosidad,
pero sólo durante un instante. Luego,
se olvidó de mí, y de él, y del bar,
y de los trogloditas, y de aquellos decibelios
que amenazaban con devorarnos por dentro
y por fuera. Sí, me dije, pero ¿y esto qué es:
un poema, un cuento, un discurso o
una excusa para no ir al trabajo? Había perdido
el control de mí mismo. Fue lo que respondí
cuando en la comisaría me preguntaron
que porqué lo hice, porqué había matado
a veintidós personas con una aguja
de hacer punto. No sé... les dije que había
perdido el control como podía haberles dicho
que, no sé, el día era triste y húmedo y que
lo hice para sacudirme la melancolía y de paso
estar seguro de que aquellos tipos que había matado
estaban vivos (antes de que los matara, quiero
decir;
de hecho, por eso les había pinchado
—aunque tal vez se me fue la mano—). En fin,

traté de darles todo tipo de explicaciones,
pero no sirvió de nada. Era un chalado. Aquello
no tenía vuelta. Así que salté por la ventana
de la comisaría (bueno, creo que me dieron
una pequeña *ayudita*). Y ahora, aquí estoy,
en la barra de esta taberna musical, llevándome el
vaso
a los labios, satisfecho, luchando contra
unos indecentes decibelios, y contra ese barman
de mirada petulante-perdida unas veces,
indiferente a mi persona otras, y consternado
a mi vera fatalmente. Grecia, dije. Qué Gracia. Yo,
que nunca había viajado más allá de un par
de manzanas. Qué sabía yo de la cultura
antigua, tan popular como siempre fui...
Miré al vaso y vislumbré un helicóptero
apache acribillando inocentes, como
es habitual. Las guerras se han inventado
para eso, para joder a los civiles. Aparté
la vista del vaso. Sentí flaquear mis piernas
y otra vez esa sensación de estar petrificado,
bajo tierra... Tal vez era un deseo. No...
aún no podía morir... Tenía tantas palabras
pendientes de una buena profanación...
Rechacé mi verdad, del mismo modo
que pude haber rechazado la tuya.
Mi pensamiento salió rebotado. Me miré
en el espejo, entre las botellas, y me dio
asco de verme tan sobrealimentado. Debía pesar
lo menos 90 kilos. Yo, más chaparro que
un champi... Rebusqué en los bolsillos
de la americana y encontré un par de

abrelatas, dos direcciones perdidas,
un abridor de gaseosas (muy útil)
y una cantimplora en miniatura. Pensé
que lo mejor de todo era mi sociabilidad.
Y fue a corroborarlo con el camarero,
que estaba ya otra vez allá, echándome
el aliento a los bigotes casi. Le miré
como quien mira a una gaviota a
menos de 30 centímetros,
con acojono (porque son enormes,
las gaviotas). No le dije nada. Pero
adiviné su expectación. Estaba desbarrando.
Tenía en el cerebro un montón de prosa
poetizada y otro montón de poesía
prosatizada. Uf... Eché un vistazo
a la copa y vi que otra vez volvía
a llenarse, ella solita. Era un milagro.
Claro, estábamos en Semana Santa... El barman,
justo en aquel instante, movió los labios
en un rictus tal vez habitual. Fui a interrumpirle
con una de mis estúpidas preguntas,
pero entonces Ella me puso una mano
en el hombro y me lo impidió; me di la vuelta
y la vi allá, vestida de rojo, indecente,
con los pechos más fuera que dentro y unas
piernas ideales para realizar prospecciones
petrolíferas. Shhhhhh, me dio a entender,
te está exorcizando. Creí que había oído
mal, pero no; había oído bien. Miré al espejo
otra vez, y vi que allá estaba yo, más o menos
como siempre (con bastante mal aspecto),
pero Ella no estaba, no la veía reflejada.

¿Vampiros...? Imposible, farfullé. Se extinguieron.
¿Será una beldad egipcia? ¿o tal vez griega?
¿siria? ¿libanesa? La toqué y mi mano
cayó dentro de su cuerpo y sentí su sangre
y sus órganos cálidos, licuosos, horriblemente
blandos... La luna, oronda, se reflejaba en
mi vaso y me sentí acometido por un desvaído
furor sexual. No importa, me dije, todo está
bajo control. Di un sorbo y me tragué la luna,
y los cirros que amenazaban con ocultarla.
La luna resbaló por mi gástrico y llegó
a mi estómago y luego se dio una vuelta
a lo largo de mis dos intestinos (ya sabéis,
el gordo y el flaco). El camarero seguía con
su exorcismo y le había salido barba de dos
días; gracias a ello pude calcular el tiempo
que llevaba perdido en aquella taberna climatizada,
bebiendo del mismo vaso que actuaba como una
auténtica
bola de pitonisa. Llegó una gitana salida de algún
sitio
y me pidió que leyera su mano. Cuando vi su
mano extendida, mi rostro reflejó una expresión
tal que la pobre mujer enloqueció y se marchó
no sé a dónde. Yo estaba asombrado, porque
no fui consciente de ninguna adivinación. Mi vaso
estaba repleto de gente, de diminutos animales,
de palabras soeces y de idiomas que nunca
aprendí. Mi vaso era digno de una exhibición.
Pasen
y vean, el vaso más irracional jamás conocido.
Además es abatible. E isométrico. El camarero

se rió. Giré la cabeza complacido. ¿Ya has terminado? le pregunté. Él, a modo de respuesta, sacó un pedrusco de debajo de la barra y lo arrojó contra el cristal botellero. Mi reflejo se rompió. Y pasé la mano por mi cuerpo sólo para cerciorarme de que seguía entero. Y luego, miré al vaso, como siempre. Sí, Ella estaba en el fondo del vaso, y me hacía señas, y gestos voluptuosos... Era como si me invitase a entrar dentro del vaso, a perderme definitivamente

y para siempre. ¿Y por qué no? Había sido yo por un tiempo más que razonable. Era preciso tomar una decisión. ¿Y qué mejor decisión que formar parte de un vaso por el que tarde o temprano habría de pasar toda la humanidad? Alcé la mano, e hice un gesto: *Aguarda unos minutos*. Quería consultarlo con el barman, pero había desaparecido. La música era lo único que aún seguía allá, en el bar. Y yo —aunque por poco tiempo...—.

Cerré los ojos; tenía la sensación de estar pelado por dentro. Y una cuesta abajo se abría paso poco a poco, radical... Recordé el tresillo de la casa de mis padres. No sé porqué. Nunca llegué a sentarme en él (lo compraron luego de mi marcha). Para consolarse con tan dolorosa pérdida, supongo. Miré al vaso y allí estaban todos: la luna, Ella, el camarero, la gitana, los decibelios,

el cristal botellero, la beldad egipcia, el
pensamiento
griego, mi débil paganismo y... un tipo muy
parecido
a mí. Incluso creo que era yo. Oh, sí; ya lo creo que
era yo.
¿Quién si no iba a ser? Además, ¿no tenía acaso mi
mismo
rostro, mis propios ademanes, mi connatural tibieza
y esa chirriante sensación de estar de sobra,
siempre,
indefectiblement, en todos los lugares y a todas las
horas del día y de la noche? Además, miré al espejo
y no me vi. Y no era un vampiro extinguido. Y
tampoco estaba muerto. Simplemente, me había
caído al vaso yo también. Había abandonado
la mortalidad y abrazado la inmortalidad.
La eternidad consistía en eso. En caerse al vaso. Y
si
ese vaso es el tuyo, pues... tanto mejor.

FIN